

El macrismo como un intento trunco de relanzamiento de la acumulación capitalista en Argentina (2015-2019)

Cristian Caracoche¹

Resumen: La presente ponencia intenta analizar el período de gobierno macrista desde una perspectiva de mediano y largo plazo, entendiendo a dicho gobierno en su totalidad y en su devenir como parte del proceso de acumulación capitalista llevado adelante en Argentina. Para el estudio en cuestión, se toma al marxismo como marco teórico general, y se presta especial atención a los desarrollos de David Gordon y sus Estructura Sociales de Acumulación y a los planteos de Ernest Mandel y sus Ondas largas de acumulación. A partir de lo anterior, se da un lugar central dentro del relato histórico tanto al devenir de la tasa de ganancia como al estado del ámbito de acumulación, entendiendo a ambas categorías como los principales determinantes de la acumulación capitalista. Partiendo del esquema descripto, a lo largo del texto se indaga sobre las diversas medidas promovidas por el gobierno de Mauricio Macri y sobre los limitantes que dicho gobierno enfrentó en su devenir, planteando finalmente al macrismo como un intento trunco de relanzamiento de la acumulación capitalista en Argentina.

¹ cris200282@gmail.com

Introducción

El balotaje de 2015 prometía ser un punto de no retorno para la política argentina, ya que enfrentaba a dos opciones que, al menos nominalmente, se anunciaban como opuestas. Por un lado, millones de personas depositaban sus esperanzas en Daniel Scioli bajo el slogan «el candidato es el proyecto», abogando así por la continuidad de las políticas kirchneristas. Por el otro lado, una masiva cantidad de votantes expresaban un hartazgo de larga data por medio del apoyo a Mauricio Macri, al tiempo que exigían cambios de fondo para los años venideros.

Con la victoria de Cambiemos y el posterior devenir de su gobierno, aquellas dos opciones que se presentaban como antagónicas, comenzaron a exponer en su pragmatismo una cercanía creciente. En tanto que las reformas macristas tardaban en llegar obstaculizadas por una clase trabajadora bastante reticente al ajuste, el peronismo oscilaba entre el colaboracionismo directo con el nuevo gobierno y una tibia oposición al mismo.

Más allá de las dificultades, Cambiemos fue avanzando gradualmente en sus objetivos, lo cual vino acompañado de una inestabilidad creciente.

1) La asunción de Macri y su contexto

El 10 de diciembre de 2015 Mauricio Macri asumió la presidencia de Argentina. Para ese tiempo, la tendencia bajista de los precios de los productos básicos ya había hecho mella en las principales experiencias populistas de Latinoamérica. En este marco, el triunfo de Macri dio inicio a una seguidilla de victorias electorales protagonizadas por coaliciones que se presentaban con un discurso predominantemente conservador en lo político y liberal en lo económico, entre las cuales se destacaron los triunfos de Sebastián Piñera en Chile y de Jair Bolsonaro en Brasil.

A nivel local, el macrismo recibió una situación compleja. Por un lado, el producto bruto interno contaba con casi un lustro de estancamiento en términos netos, registrando aumentos en los años electorales, y caídas en los años no electorales. En íntima relación con esto último, tanto la tasa como la masa de ganancia arrastraban una caída sostenida, potenciando así las tendencias recesivas (Caracoche, 2020). A su vez, tanto el déficit fiscal como el déficit externo y la inflación se mostraban

crecientes, aportando inestabilidad al ámbito de acumulación. Y, como cuestión complementaria, el cepo cambiario dificultaba la libre disponibilidad de las ganancias de la burguesía, a la vez que representaba una preocupación para no pocas franjas poblacionales pertenecientes a los sectores medios urbanos.

Las circunstancias descritas mostraban un panorama insostenible en el mediano plazo, donde, de no mediar nuevas medidas, tarde o temprano la situación desembocaría en una crisis cambiaria y/o inflacionaria de gran magnitud. Dada esta situación, con 4 años de mandato por delante, el macrismo se planteó desde su comienzo como un gobierno de ajuste.

En esta realidad, los grandes objetivos de la nueva gestión serían claros: relanzar la rentabilidad y la acumulación capitalista, estabilizar el ámbito de acumulación, y dar al capital libre disponibilidad sobre sus ganancias. A partir de esta orientación, el flamante presidente llegaba al poder apoyado por las fracciones más concentradas de la burguesía, quienes serían los principales patrocinantes –y beneficiarios– del nuevo plan de gobierno (Caracoche, 2020). Por su parte, de cara a la población Macri exhibía dos períodos consecutivos al frente de la ciudad de Buenos Aires, los cuales ostentaban una buena valoración entre los vecinos, dadas las sucesivas victorias electorales. Además de estos antecedentes, el nuevo mandatario anunciaba la conformación de un equipo nutrido por varias personalidades provenientes del ámbito empresarial, lo que respaldaba aún más un discurso que ponía a la gestión por encima de la misma política (CIFRA, 2016; Schuttenberg, 2017) y que hacía especial énfasis en aquellos temas dejados de lado por el gobierno de Cristina Fernández, tales como la inseguridad y la corrupción.

En conjunto, Cambiemos asumía el poder montado sobre una base social amplia y policlasista, la cual, más allá de su heterogeneidad, encontraba como elemento de cohesión el completo rechazo a la anterior gestión (Gómez, 2014; Tagina, 2015).

2) 2015-2018: el gradualismo y su lógica interna

Si bien la implementación del ajuste bajo la lógica del capitalismo era una condición necesaria tanto para evitar una crisis a gran escala como para relanzar la acumulación capitalista², la forma que tomaría este ajuste no tenía, al menos inicialmente, un

² Los ciclos de acumulación que registró el capitalismo argentino en los últimos 50 años han sido precedidos por duros procesos de ajuste que devinieron en una mejora de la tasa de ganancia empresarial (Caracoche, 2020), lo que normalmente incentiva a los empresarios a emprender un nuevo

destino predeterminado. En este sentido, el macrismo podía optar por la vía del shock, o podía apostar por una opción más gradual.

Como condición de inicio, las medidas poco populares que llevaría a cabo el flamante gobierno vendrían luego de la salida del kirchnerismo. Si bien la gestión anterior había exacerbado los desequilibrios, también había logrado entregar el poder evitando la explosión de una gran crisis, razón por la cual, a los ojos de la población, no se planteaba de forma patente la necesidad del ajuste. En consecuencia, resultaba complejo en términos políticos la implementación de cualquier tipo de medidas regresivas,³ por lo que la vía gradual se presentaba como la más viable. Acompañando a los ya nombrados desequilibrios macroeconómicos, el macrismo también heredaba un gobierno que si bien no contaba con acceso a los mercados, tenía en términos técnicos una buena capacidad de endeudamiento, dado su bajo ratio de deuda sobre PBI (Selva, 2014). En estos términos, el endeudamiento se convertiría en el principal posibilitador del gradualismo, cubriendo los déficits durante la implementación del plan.

Sabiendo los condicionantes, el gobierno puso en marcha de forma simultánea tanto el ajuste gradual como las gestiones para levantar la cesación de pagos que pesaba sobre el país y regresar al mercado de deuda internacional. La primera política de gran impacto puesta en práctica por Cambiemos fue la eliminación del cepo cambiario. Esta medida era una demanda muy sentida tanto para la burguesía –que ahora podría disponer libremente de sus ganancias– como para el núcleo duro de votantes macristas, ya que era una de las principales promesas de campaña. El resultado casi inmediato de la eliminación del cepo cambiario fue una rápida devaluación, la cual redujo en términos reales el poder de compra de los salarios y mejoró la rentabilidad empresarial. A su vez, esta devaluación también aportó, aunque de forma limitada, a disminuir el déficit externo, al volver momentáneamente más caros los productos extranjeros.

Casi al mismo tiempo que se liberalizaba el mercado de cambios y se producía la devaluación, el gobierno comenzaba a implementar el tan discutido ajuste fiscal. En este sentido, se planteaba una reducción gradual del gasto público en subsidios, una disminución también gradual de las retenciones a la soja, y la eliminación total de las

proceso de inversión (Mandel, 1980). Además de elevadas ganancias, los empresarios requieren para invertir cierta estabilidad en el ámbito de acumulación (Gordon, 1986). Una vez iniciado el proceso de acumulación de capital, además de aportar al crecimiento del PBI por el lado de la demanda de inversión, también se incrementa el producto potencial de la economía y se tiende a elevar la ocupación y el consumo.

³ Dada la situación descrita, Macri negó repetidas veces la necesidad de ajuste durante toda su campaña presidencial.

retenciones a la exportación de diversos productos básicos, tales como el trigo, el maíz, la carne vacuna, y los derivados de la minería. Estas primeras medidas tuvieron un efecto contradictorio, ya que si bien con el recorte del gasto se achicaba el déficit fiscal, con la reducción y la eliminación de las retenciones se ensanchaba aquella brecha.

En tanto la devaluación se transformaba en inflación y junto a los recortes de subsidios licuaba el salario real, durante el segundo trimestre del 2016 el gobierno llegó a un acuerdo con aquellos tenedores de bonos de deuda pública en default –también denominados holdouts o fondos buitres– con lo que el macrismo terminó de asegurarse la vuelta a los mercados internacionales de crédito. Ya con este elemento, el nuevo gobierno se garantizaba –al menos en el mediano plazo– los recursos suficientes para financiar su estrategia gradualista.

A la par que la coalición gobernante acordaba con los acreedores internacionales, por medio del Ministerio de Trabajo se operaba sobre las paritarias, buscando así mejorar la ganancia capitalista y reducir la presión sobre el proceso inflacionario. En este sentido, el gobierno negoció con las cúpulas sindicales la aceptación de paritarias a la baja, utilizando recursos variados, que fueron desde la entrega de fondos correspondientes a las obras sociales hasta la persecución directa sobre diversos líderes sindicales. Complementando este proceso, los diferentes niveles de gobierno emprendieron una ola masiva de despidos, lo cual a la vez que aportaba al ahorro de recursos fiscales, golpeaba directamente la capacidad de negociación de los empleados públicos, potenciando así la caída del salario (Caracoche, 2020).

De esta forma, en los primeros 4 meses de gobierno ya se encaminaban los principales elementos del gradualismo macrista: recorte del gasto público, disminución selectiva de la presión tributaria, sucesivos techos a paritarias, devaluación administrada, y endeudamiento externo para cubrir los déficits que aún se mantenían vigentes.

El ajuste continuó de manera relativamente controlada durante casi los primeros dos años del mandato de Cambiemos. En este sentido, el gobierno mantuvo la tendencia bajista de los salarios reales, aprovechando la continuidad de los despidos como elemento disciplinador sobre la clase trabajadora (CIFRA, 2018a), lo que se veía reforzado con el gran número de dirigentes sindicales que además de aceptar paritarias a la baja, llamaban a la desmovilización de sus bases (ODS, 2018).

En el costado fiscal, a la rebaja de subsidios y a la reducción de retenciones se sumaba la caída de las remuneraciones de los empleados públicos y el incremento

tendencial de la cantidad de trabajadores abarcados por la cuarta categoría del impuesto a las ganancias. Todo esto, combinado con el crecimiento del pago de intereses de la deuda externa, daba como resultado neto un nivel de déficit fiscal abultado, inclusive mayor al registrado durante el kirchnerismo (MECON, 2020), pero ahora en condiciones muchísimo más beneficiosas para la burguesía.

A su vez, con el aumento de los precios de los servicios públicos y de los combustibles, la inflación también continuaba en niveles similares a los del período anterior (CIFRA, 2018a). Esto, luego de la fuerte devaluación de principios de 2016, trajo consigo un creciente atraso cambiario, que combinado con la apertura comercial y la liberalización del mercado de divisas devino en una profundización del déficit de cuenta corriente externa (MECON, 2020).

Frente a la necesidad de recursos que exhibían los déficits gemelos, el macrismo se servía del ingreso de dólares que llegaban por medio del endeudamiento externo, complementando esta fuente principal con fondos provenientes del polémico blanqueo de capitales, lo que permitió un relativo control sobre el tipo de cambio durante los primeros dos años y medio de gobierno (CIFRA, 2018a).

De esta forma, el gradualismo avanzaba sin prisa pero sin pausa, mostrando distintos ritmos de progreso en sus diferentes frentes, pero teniendo a la rentabilidad empresarial y a su libre disposición como primera prioridad.⁴

No obstante, la velocidad del ajuste generaba grandes debates, tanto dentro como fuera del gobierno. Mientras que la aceleración del mismo mejoraba las ganancias empresariales y aportaba a estabilizar los desequilibrios macroeconómicos, también traía consigo un creciente malestar social por parte de quienes sufrían los recortes y los despidos en carne propia. En función de lo anterior, eran los empresarios aliados al gobierno y varios economistas de tinte liberal quienes exigían mayor velocidad en las reformas, confrontando con diferentes dirigentes de Cambiemos que veían en la gradualidad la manera de proteger tanto la gobernabilidad como su propio capital político.

⁴ En los primeros tres años de gobierno macrista, además de dar libre disponibilidad a la burguesía sobre sus ganancias por medio de la eliminación del cepo cambiario, se vio incrementada la masa de ganancias en términos reales, la tasa de explotación, y se frenó la caída de la tasa de ganancia. Véase Caracoche (2020).

2.1) Los discursos y las resistencias alrededor del gradualismo

Ante la población, el gobierno presentaba al ajuste como la condición necesaria para lograr un crecimiento ordenado y de largo plazo, con «bases sólidas», «sin atajos ni avivadas». No obstante, más allá de las prédicas oficiales, amplias franjas de la clase trabajadora planteaban de diversas maneras su descontento.

Con una CGT inicialmente dividida, durante más de dos años el macrismo logró contener de forma relativamente exitosa el malestar de los trabajadores por medio de acuerdos con los principales referentes sindicales, utilizando, como ya se dijo más arriba, tanto la distribución puntual de recursos como la persecución selectiva de dirigentes. Dada la pasividad de las cúpulas, las bases expresaban su malestar por carriles cada vez más inorgánicos, lo que fue desembocando en sucesivos desbordes. Estos desbordes empujaron a la burocracia a convocar algunas movilizaciones y medidas de fuerza, las cuales, más allá de contar con la enorme masividad que motivaba el contexto de ajuste, tenían un carácter puntual y aislado, lo que a fin de cuentas terminaba aportando a la gobernabilidad de Cambiemos.

Entre los trabajadores desocupados e informales la situación fue un tanto diferente. Si bien el ajuste recayó sobre toda la clase trabajadora en forma de caída salarial e incremento del desempleo y la precarización, los principales movimientos sociales adoptaron una estrategia de mayor movilización que los sindicatos, logrando cierta ampliación de la cobertura de los subsidios a la pobreza, aun a costo de ver reducido el poder de compra de los mismos. Esto ubicó al Ministerio de Desarrollo Social como un protagonista central en la lucha de clases, logrando, no sin dificultades, un control relativamente exitoso –al menos durante los primeros dos años de mandato– de la protesta callejera (Diagnóstico Político, 2020).

Como en todo proceso de ajuste, frente al malestar de la población, las tareas de contención de los dirigentes dialoguistas se complementaron con una dura escalada represiva sobre aquellos elementos díscolos. En función de esto, el macrismo potenció y dio rienda suelta al ya enorme aparato represivo heredado del kirchnerismo (Ponce y Sanz Cerbino, 2018), dotándolo ahora de un apoyo público de parte de los mayores referentes del gobierno. En esta lógica, como era de esperar, creció tanto la represión directa como la criminalización de la protesta social (Marchini, 2019; ODS, 2018), en el marco de un discurso de «mano dura» que alimentaba el apetito del electorado oficialista.

Ante el ajuste en marcha, la oposición peronista se dividió las tareas entre aquellos dirigentes que acompañaron abiertamente las políticas regresivas del gobierno – ayudando a aprobar diversas leyes y ejecutando dichas políticas en sus respectivos distritos–⁵ y aquellos que, en línea con la tibieza de las cúpulas sindicales, se limitaron a expresar su desacuerdo discursivamente o en ciertas instancias legislativas.⁶

A su vez, el gradualismo también fue tropezando repetidamente con una resistencia silenciosa, que no se veía materializada en grandes protestas callejeras, pero que se expresaba en forma de malestar social entre los elementos menos movilizados de la clase trabajadora. En este sentido, la coalición gobernante fue acomodando el avance de sus políticas al son de los resultados de las distintas encuestas de opinión, lo que terminó de delinear al ajuste macrista como un proceso de prueba y error (Caracoche, 2020).

Acompañando este ajuste, Cambiemos construyó una impronta discursiva que en términos generales pretendía polarizar con el kirchnerismo. Al presentar al ajuste como una iniciativa que sentaba las «bases sólidas» para el crecimiento de largo plazo, el elenco gobernante prometía un modelo de desarrollo que se ubicaría en las antípodas de los últimos años kirchneristas, caracterizados por los desequilibrios macroeconómicos y las medidas cortoplacistas. Como ya se expresó, esta diatriba venía acompañada de una elevada dotación de «CEOs» entre las principales figuras del gobierno, lo que además de priorizar la gestión por encima de la política, intentaba reivindicar socialmente el rol del empresario y la figura del «emprendedor» (CIFRA, 2016; Schuttenberg, 2017). Empalmado con esto último, se daba un lugar central al individualismo como mecanismo de progreso social, encontrando su máxima expresión en el protagonismo que la «meritocracia» tenía en el discurso oficial. A su vez, en la práctica concreta, se prescindió de toda la liturgia de masas tan característica del peronismo, reemplazando esto por el contacto directo e individualizado con el votante, que se materializaba en el timbreo o en las campañas de comunicación segmentadas por redes sociales. A toda esta retórica se le sumaba la reivindicación de los valores «republicanos», oponiendo estos últimos a la corrupción y al autoritarismo que se le señalaba a la anterior gestión (Vommaro, 2016). Finalmente, de manera transversal a todo el discurso, se levantaban las banderas del orden en el sentido más conservador del término, intentando revitalizar la figura de

⁵ Entre estos se puede ubicar a la mayoría del peronismo no kirchnerista y varias figuras provenientes del mismo kirchnerismo, tales como Alicia Kirchner, Juan Manuel Urtubey o Miguel Pichetto.

⁶ Este grupo se nutrió principalmente de dirigentes provenientes del kirchnerismo más duro.

autoridad, tanto en la calle –con la defensa del rol de las fuerzas represivas– como dentro de la fábrica, reivindicando a la figura del patrón (Piva, 2017).

Empero, esta construcción discursiva muchas veces se vio en contradicción con la realidad. Al mismo tiempo que Cambiemos normalizaba el INDEC y encarcelaba a varios dirigentes del kirchnerismo por causas relacionadas a hechos de corrupción; jugaba en los límites de la legalidad al nombrar jueces por decreto, utilizar repetidamente el recurso del veto presidencial, y recibir numerosas denuncias de corrupción en su contra, entre otros hechos. Sin embargo, dada la cercanía del macrismo con los principales medios de comunicación, pocos de estos sucesos tomaron notoriedad.

2.2) La victoria de 2017 y las primeras nubes en el horizonte

La forma concreta que fue asumiendo el gradualismo arrojó como resultado una fuerte contracción de la economía para 2016, pero permitió una mejora coyuntural en 2017. Este resultado, combinado con la impronta discursiva descrita anteriormente, permitió a Cambiemos triunfar en las legislativas de medio término, lo que fortaleció políticamente a la coalición gobernante.

Hasta aquí, en tanto que los recursos del endeudamiento llegaban ininterrumpidamente, el macrismo había controlado a su voluntad la velocidad del ajuste, logrando alinear con sus medidas –aunque de manera parcial y limitada– las demandas generales de la acumulación capitalista, su propia construcción política, y los intereses concretos de varias fracciones de la patronal. En este marco, a pesar del ajuste, la coalición gobernante lograba mantener un elevado nivel de popularidad y apoyo en la población, al tiempo que gozaba del favor de las principales representaciones de la burguesía local (Caracoche, 2020).

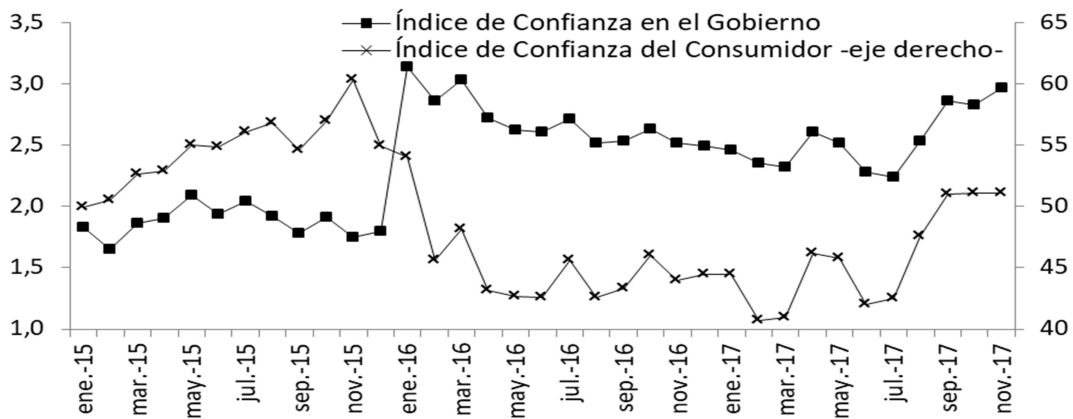


Figura 1. Índice de confianza del consumidor e Índice de confianza en el gobierno. Fuente: elaboración propia a partir de UTDT (2019a) y UTDT (2019b).

Legitimado por la victoria electoral, el gobierno intentó acelerar su gradualismo enviando al congreso las reformas tributaria y previsional. En tanto que la primera reducía la presión impositiva sobre las empresas, apuntando a mejorar su rentabilidad; la segunda significaba un recorte directo en el gasto público destinado a jubilaciones y pensiones, implicando así un empeoramiento de las condiciones de vida de la clase trabajadora pasiva. Esta última cuestión despertó una masiva reprobación entre la población, al tiempo que alentó una enorme movilización al congreso los días de su tratamiento, decantando esto en sucesivos episodios de conflictividad callejera y represión. En este sentido, la sanción de la ley se convirtió en una «victoria pírrica» para el macrismo, ya que implicó la pérdida de gran parte de la autoridad política que meses atrás le había otorgado el triunfo en las urnas.

Para principios de 2018, los resultados del gradualismo todavía eran pobres en términos estructurales. Si bien se había avanzado en materia previsional y tributaria, el avance era mínimo en relación a lo que el gobierno y el empresariado esperaban de la reforma laboral, la cual luego de aquel diciembre agitado, se mostraba cada vez más difícil en términos políticos. A su vez, más allá de la devaluación inicial, el atraso cambiario continuaba golpeando a la macroeconomía. Las ganancias, si bien mostraban cierta recuperación, todavía seguían siendo bajas, los déficits gemelos mantenían su vigor, y la inflación permanecía en valores elevados. Adicionalmente, con el endeudamiento creciente que exigía la naturaleza gradual del ajuste, aparecían como amenazas cada vez más cercanas la fuga de capitales y un creciente stock de

Letras del Banco Central (LEBAC),⁷ lo que prometía a futuro sumar una fuerte presión sobre la cotización del dólar. Este panorama mostraba un gobierno que si bien había avanzado en varios de sus objetivos, requería acelerar su tarea, pero que al momento se encontraba trabado por la relación de fuerzas vigente.

Llegado 2018, las dificultades del macrismo combinadas con el malestar que generaba el ajuste en amplias franjas de la población comenzaron a mostrar una posibilidad concreta de disputa. A esta situación se le sumó la tensión creciente entre la coalición gobernante y Hugo Moyano, lo que terminó empujando al líder sindical a pasar a la ofensiva. De esta manera, la movilización organizada por el referente camionero para el 21 de febrero del 2018 se dio en un contexto especial, contando con una enorme convocatoria, y aunando a gran parte del sindicalismo que se encontraba por fuera de la CGT,⁸ lo que comenzó a dar forma al proceso de reagrupamiento de la oposición peronista.

3) 2018-2019: El contexto internacional y la aceleración del gradualismo

En marzo de 2018 el dólar alcanzaba los 20 pesos, ascendiendo a ese valor mansamente, bajo la mirada atenta del Banco Central. Sin embargo, llegado abril del mismo año, esta *pax* cambiaría encontraría su fin.

Con el incremento de la tasa de interés que hacía un tiempo venía realizando la Reserva Federal de Estados Unidos, muchos capitales especulativos se veían alentados a emprender su rumbo a destinos más seguros, exigiendo grandes cantidades de divisas para su salida. Esto vino acompañado por sucesivas devaluaciones en las monedas de la región, lo que aportó a la inestabilidad de la moneda local, aumentando también el riesgo país de Argentina.⁹ De esta forma, a la salida de capitales se le sumaba una dificultad creciente para acceder al crédito internacional, planteando así un panorama complejo en el rubro financiero de la

⁷ El Banco Central utilizaba estas letras para absorber saldos monetarios –entre ellos, el resultante de la compra de los dólares provenientes del endeudamiento– y así reducir la presión sobre los distintos precios de la economía. Estas letras se renovaban periódicamente, capitalizando sus intereses. En función de esto último, conforme pasaba el tiempo, el stock de LEBAC aumentaba, exigiendo niveles de interés cada vez más elevados, bajo la amenaza de una corrida al dólar en el caso de no concretarse su renovación masiva.

⁸ Entre las principales representaciones se encontraron las dos CTA, el gremio bancario, y distintos movimientos sociales, los cuales en su mayoría se encontraban cercanos a diversos dirigentes kirchneristas.

⁹ Este incremento en el riesgo país había comenzado a observarse a partir del cambio en las metas de inflación del Banco Central registrado en diciembre de 2017, pero se potenció con la sucesión de crisis en países emergentes.

balanza de pagos. A la par de estas complicaciones, el bajo precio de las exportaciones locales se combinaba en 2018 con una cosecha pobre en términos históricos, lo que trajo consigo una fuerte reducción en el ingreso de dólares por la vía comercial. De esta manera se potenció el déficit externo que el gobierno ya arrastraba, ejerciendo una mayor presión sobre el tipo de cambio, y quebrando así aquella calma de meses anteriores.

Frente a las presiones sobre el dólar, el gobierno actuó por medio de la venta de divisas y el incremento de la tasa de referencia de las LEBAC, con la finalidad de evitar mayores subas del tipo de cambio. No obstante, en contraposición al lento ritmo de devaluación previo, el macrismo debió convalidar entre abril y mayo un aumento cercano al 25% en el precio de la divisa estadounidense, que pasó de casi 20 pesos a 25.

En tanto que Cambiemos no lograba implementar el ajuste de fondo y continuaba su rumbo la inflación y los déficits gemelos, la necesidad de deuda se mantenía vigente para sostener el gradualismo y la gobernabilidad. Fue por ello que, ante la inestabilidad global que amenazaba el ingreso de divisas por medio del endeudamiento, en mayo del 2018 la coalición gobernante avanzó en un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI),¹⁰ con la finalidad de asegurarse aquel financiamiento en el tiempo.

Tanto la devaluación de mayo como el posterior acuerdo con el FMI implicaron en los hechos un quiebre en la trayectoria del macrismo, ya que obligaron a acelerar el ritmo de ajuste, quitándole así grados de libertad a la política económica. Mientras que la devaluación encarecía relativamente los productos extranjeros mejorando el resultado comercial, el gobierno profundizaba el recorte fiscal exigido por el Fondo Monetario, eliminando reintegros a empresas exportadoras, suspendiendo la baja en las retenciones a los productos agropecuarios, y suprimiendo desde el Estado nacional diversas transferencias a las provincias. En tanto que las primeras dos medidas mejoraban la situación fiscal al tiempo que afectaban parcialmente la rentabilidad de las empresas exportadoras y el nivel de actividad económica; la última política golpeaba directamente las condiciones de vida de amplias franjas de la población, ya que traía como consecuencia reducciones y retrasos en el pago de salarios provinciales. Asimismo, el recorte de fondos hacia las provincias también hizo mella en la obra pública, golpeando también el nivel de ocupación.

¹⁰ Para ahondar en los principales aspectos del mismo, véase CIFRA (2018b).

Sumando a los problemas aparecía la tasa de interés de las LEBAC, la cual era utilizada para desalentar la compra de dólares e intentar descomprimir la presión sobre el tipo de cambio. En esta lógica, el alza de dicha tasa implicaba un incremento en el costo del financiamiento interno, lo que desalentaba aún más la actividad económica y traía aparejadas mayores tendencias recesivas.

Ya en la segunda mitad del 2018 las condiciones internacionales empeoraron aún más. Por un lado, al intensificarse la guerra comercial entre Estados Unidos y China, las exportaciones argentinas vieron reducido su precio internacional, lo que agregó más dificultades a la entrada de dólares por la vía comercial. Acompañando a esto, la crisis de Turquía impulsó una nueva salida de capitales de todos los mercados emergentes, lo que decantó en una mayor presión sobre la cotización de la divisa. Toda esta sucesión de elementos devino en una nueva ronda devaluatoria, llevando el tipo de cambio a un valor cercano a los 40 pesos en septiembre de 2018.

La aceleración del ajuste y la devaluación trajo consigo diversas consecuencias. Como cuestión central, continuó su ritmo la mejora en la rentabilidad empresarial, observándose principalmente un aumento tanto en la masa de ganancias como en la tasa de explotación (Caracoche, 2020). Este fenómeno se debía principalmente a la fuerte devaluación, la cual mejoró la participación en el ingreso a favor de la burguesía. A su vez, la tasa de ganancia también mostró un cierto repunte en relación al período anterior, aunque en magnitudes inferiores a la masa de ganancia y a la tasa de plusvalía, debido a la ausencia de un aumento en la escala de explotación.

El escaso incremento que experimentó la tasa de ganancia demostró la ya nombrada dificultad del gobierno para avanzar a fondo con el ajuste sobre la clase trabajadora. No obstante, este resultado que se mostraba modesto en términos cuantitativos, representaba un enorme avance en términos cualitativos para la burguesía, ya que además de lograr la libre disposición de sus ganancias con el levantamiento del cepo, rompía con casi un lustro de caída en todos sus indicadores de rentabilidad. En función de lo anterior, a lo largo de todo su mandato la coalición gobernante continuó recibiendo repetidas muestras de apoyo de parte de las principales representaciones gremiales de la patronal.

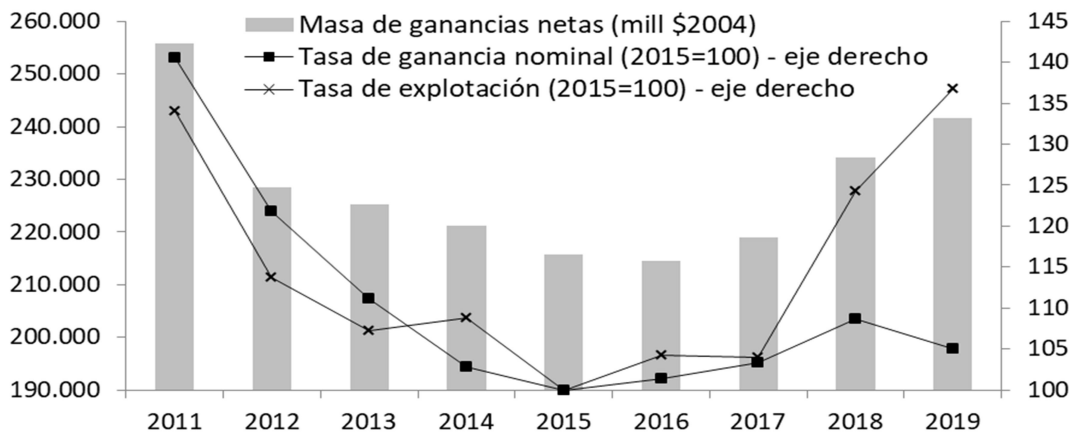


Figura 2. Masa de ganancias, tasa de explotación y tasa de ganancia nominal. Fuente: Elaboración propia a partir de Caracoche (2021).

Por otro lado, la devaluación y el recorte en las cuentas públicas redujeron los déficits gemelos, logrando algunas señales positivas ante los ojos del FMI. En tanto que a fines de 2018 ya se registraba un superávit en el intercambio comercial externo, para principio de 2019 se alcanzaba el equilibrio primario en las arcas fiscales, lo que daba cuenta de la fuerte aceleración del gradualismo. Asimismo, también para fines de 2018 comenzaba a reducirse el déficit financiero del Estado, mostrando un ritmo de caída inferior al del indicador primario, dados los cuantiosos intereses provenientes de la deuda externa.

Como contracara, el proceso devaluatorio trajo consigo un nuevo impulso en el nivel de precios, el cual solamente se vio amortiguado por la recesión vigente. A partir del aumento del tipo de cambio, entre 2018 y 2019 la inflación alcanzó los mayores valores registrados desde el año 1991, representando así el costado menos deseado del ajuste en marcha.

En tanto que ni las mayores ganancias, ni el equilibrio fiscal primario, ni el resultado positivo del intercambio externo tenían implicancias directas en el día a día de la población; la escalada inflacionaria y la caída de la actividad interna golpeaban de lleno las condiciones de vida de la clase trabajadora. En este sentido, aquellas noticias que contentaban a la burguesía y al FMI, representaban un problema para la imagen de Cambiemos de cara a sus votantes, poniendo de manifiesto las duras contradicciones del capitalismo argentino.

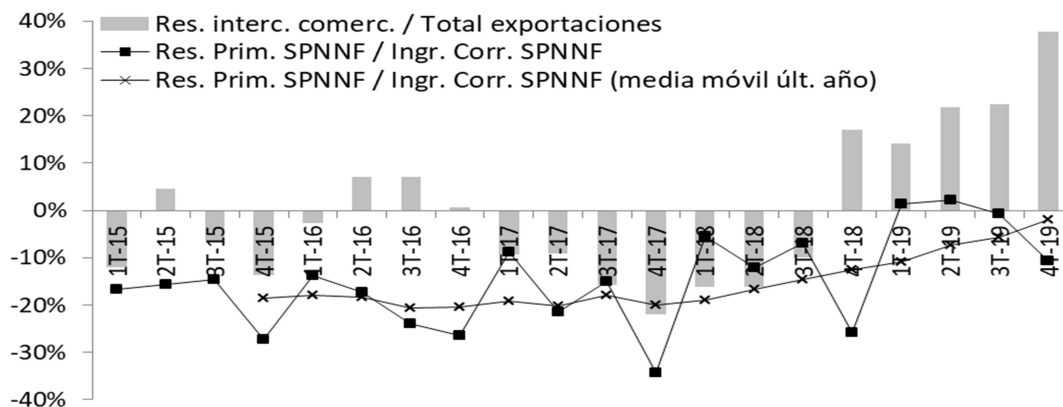


Figura 3. Resultado externo y resultado fiscal. Fuente: elaboración propia a partir de MECON (2020).

A la par del malestar creciente, con el correr del 2019 las distintas opciones de la oposición fueron ganando progresivamente lugar entre las preferencias del electorado, destacándose entre ellas la figura de Cristina Fernández.

A medida que avanzaba la oposición peronista en las encuestas, crecía el riesgo país y la demanda de dólares, presionando así sobre el tipo de cambio, ahora en un año electoral. En función de lo anterior, el gobierno profundizó su intervención en el mercado cambiario por medio de la operación sobre el precio de dólares futuros, el incremento de la tasa de interés, y la venta de reservas internacionales, lo que luego de una breve escalada que dejó al dólar cerca de los 45 pesos en abril del 2019, permitió al macrismo volver a controlar el precio de la divisa.

Al son del empeoramiento de las condiciones de vida y de la emergencia de la oposición peronista en las encuestas, los representantes gremiales de la clase trabajadora ocupada y desocupada continuaron aquel proceso de coordinación iniciado por Hugo Moyano y las dos CTA hacía más de un año. En este sentido, más allá de los debates internos, la realidad empujó a que entre junio del 2018 y mayo de 2019 se llevaran adelante 3 paros generales, lo que terminaba de expresar un cambio de actitud de parte de la mayoría de la dirigencia sindical hacia un macrismo que contaba cada vez con menos aceptación popular. A su vez, la misma dirigencia sindical se fue acercando progresivamente a las distintas variantes del peronismo, espacio que se mostraba cada vez más coordinado y con una intención de voto ascendente.

Frente a un contexto adverso, a lo largo del bienio 2018-2019 Cambiemos intentó paliar la caída de su popularidad. Apuntando a su tradicional electorado, la coalición

gobernante profundizó aquellos elementos simbólicos que tiempo atrás le habían rendido frutos, recurriendo a la polarización con el kirchnerismo y ahondando, tanto en las palabras como en las políticas concretas, el costado más conservador de su impronta. Asimismo, entrado el 2019 avanzó en un incremento de los subsidios a la pobreza (Econométrica 2019), lo que apuntaba a contener los efectos del ajuste en las capas más pobres de la población. No obstante, a pesar de su caída, los encuestadores seguían planteando a Cambiemos como una coalición altamente competitiva de darse un potencial balotaje.

4) La unidad del peronismo y el desenlace electoral

Recapitulando, para mediados de 2019 la aceleración del gradualismo llegaba acompañada de un fuerte empeoramiento de las condiciones de vida de la población, de un descenso de la imagen pública de Macri, de un incremento en la coordinación de las representaciones gremiales de la clase trabajadora, y de una tendencia a la intensificación en sus medidas de protesta. En este marco, todas las miradas esperaban la definición de Cristina Fernández sobre su posible postulación, dado que la viuda de Néstor Kirchner era la principal figura de la oposición peronista. Sorpresivamente, el 18 de mayo de 2019 la ex mandataria comunicó su decisión de competir por el cargo de vicepresidenta, detrás de Alberto Fernández, quien tiempo atrás fuera jefe de gabinete del kirchnerismo y luego un férreo crítico del mismo.

La designación de Alberto Fernández expresaba cuestiones importantes del propio kirchnerismo. Por un lado, planteaba la aspiración de trascender aquel núcleo de votantes alcanzado en 2017, que si bien brindaba un elevado piso, también imponía un techo relativamente bajo en una segunda vuelta electoral, dada la elevada imagen negativa de la ex presidenta. Por otro lado, esta designación exhibía la búsqueda de una unidad más amplia tanto dentro del peronismo como por fuera del mismo, intentando alinear detrás del nuevo candidato a dirigentes que se planteaban reacios a la figura de Cristina Fernández. En este marco, con el apoyo explícito de la mayoría del PJ, del sindicalismo y de los movimientos sociales, para fines de julio se terminaba de ordenar un variopinto arco opositor que se denominó «Frente de Todos».

Con la conformación definitiva de todas las alianzas electorales, la mayoría de los encuestadores proyectaban que Alberto Fernández se impondría tanto en las elecciones primarias de agosto como en las generales de octubre. Asimismo, según las mismas encuestas, dada la escasa ventaja que sacaría el candidato del Frente de

Todos sobre Mauricio Macri, el desenlace de las elecciones se daría recién en la segunda vuelta de noviembre, con un final que se mantenía abierto.

Sin embargo, en las primarias Alberto Fernández sorprendió a propios y ajenos, obteniendo casi el 48% de los votos, e imponiéndose sobre Mauricio Macri por más de 15 puntos. A partir de estos resultados, se hacía prácticamente irremontable la diferencia, por lo que tanto la población como los mercados financieros comenzaron a ver al candidato peronista como el próximo presidente.

La victoria de Fernández desató un nuevo salto en el tipo de cambio, que pasó de rondar los 45 pesos por dólar a casi 60. Esta reacción encontraba sus raíces tanto en los dichos previos del mismo Fernández sobre la baratura de la divisa, como en la memoria cercana de los grandes jugadores del mercado cambiario que asociaban al ganador de las PASO con el cepo que se encontró vigente durante el último kirchnerismo.

De esta forma, los resultados de las primarias y la nueva ronda de devaluación tornaban casi imposible la ilusión de reelección macrista, hundiendo aún más las condiciones de vida de la población durante los meses subsiguientes. Frente a esto, Cambiemos siguió adelante con su iniciativa, intentando proteger lo que quedaba de su capital político, y apuntando a los cargos electivos que aún podía mantener o conquistar en octubre. En esta línea, con la finalidad de volver a controlar el precio del dólar, el gobierno intensificó su intervención en el mercado cambiario, obligó a acelerar la liquidación de las divisas provenientes de las exportaciones e implementó una serie de restricciones a la compra de moneda extranjera, configurando en los hechos una reedición del viejo y conocido cepo cambiario, aunque ahora con condiciones mucho más laxas que la versión anterior.

Finalmente, las elecciones generales terminaron de confirmar a Alberto Fernández como máximo mandatario, poniendo fin al macrismo e inaugurando un nuevo período presidencial con el peronismo en el poder.

5) El macrismo en perspectiva: un intento trunco

Visto en perspectiva, Mauricio Macri asumió en un contexto objetivo extremadamente difícil para cualquier gobierno burgués: rentabilidad en descenso, déficits gemelos e inflación creciente, y un cepo cambiario que limitaba las decisiones de la burguesía sobre sus ganancias. Esta realidad era, por definición, insostenible en el mediano

plazo para cualquier economía capitalista que quisiera evitar una crisis de gran escala. Asimismo, Cambiemos recibió el poder de parte del kirchnerismo, un gobierno que si bien había exacerbado los nombrados desequilibrios, logró llegar al traspaso de mando sin grandes sobresaltos, lo que dificultaba a los ojos de la población toda política regresiva. En resumidas cuentas, el macrismo asumió un capitalismo con grandes necesidades de ajuste, pero en un entorno donde la aplicación del mismo se tornaba altamente compleja.

A partir de su situación de inicio y sus objetivos, el nuevo gobierno optó por una estrategia gradualista, apuntando así a proteger su imagen y gobernabilidad. Este gradualismo consistió en una reducción selectiva de la presión tributaria, un sucesivo recorte del gasto público, una continua aplicación de techos a paritarias, una devaluación administrada, y la utilización del endeudamiento externo para cubrir los déficits que se mantenían vigentes a lo largo del proceso. Este cúmulo de políticas regresivas se llevaron adelante conjuntamente con la construcción de una impronta que polarizaba abiertamente con el gobierno anterior, planteando al individualismo y al orden como elementos centrales de su lógica, y exaltando valores de lo más conservadores en términos políticos. En función de los elementos objetivos y simbólicos, el macrismo contó con el favor de una amplia mayoría dentro de la burguesía, a la vez que recibió el apoyo de grandes franjas poblacionales que otrora se movilizaban contra las políticas kirchneristas. Asimismo, el ajuste se benefició de la quietud de los principales dirigentes sindicales, que aportaron a la gobernabilidad por medio de la desmovilización de sus bases y el aislamiento de los diferentes conflictos laborales. A su vez, este ajuste también supo explotar el rol de la oposición peronista, la cual osciló entre la mera denuncia discursiva y el colaboracionismo directo con el plan de Cambiemos.

La lógica general del gradualismo avanzó de manera continua durante los primeros dos años y medio de gestión macrista. No obstante, este avance no estuvo exento de complicaciones. Por un lado, se vio obstaculizado por varios hechos puntuales de desborde en la conflictividad callejera. Por otro lado, también se vio trabado por el creciente malestar social que se expresaba por medio de diversas encuestas de opinión. De esta manera, si bien el avance del gradualismo se mostró relativamente estable durante los primeros dos años, configuró un complejo proceso de prueba y error, donde la coalición gobernante fue avanzando en sus políticas en tanto las relaciones de fuerza se lo permitieron.

Mientras que el gobierno contó con disponibilidad recursos, controló la velocidad del gradualismo, logrando alinear las necesidades de la acumulación capitalista –dado el

ajuste en marcha— con los intereses de la burguesía —que vio mejoradas sus ganancias— y una nada despreciable capacidad de gobernabilidad propia, que posibilitó su triunfo en las elecciones legislativas de 2017.

Ya entre fines de 2017 y mediados de 2018, la situación de relativa calma que caracterizó a los primeros años del mandato cambió rotundamente. La reprobación social que trajo consigo la reforma previsional y la mala cosecha del 2018 se conjugaron con las complicaciones externas fruto de la suba de la tasa de interés estadounidense y la caída de los precios de los productos agropecuarios. Todos estos elementos empujaron al gobierno a buscar en el FMI un financista de última instancia, configurando así un contexto de inestabilidad cambiaria y limitaciones objetivas. En este marco, el macrismo aceleró la velocidad del ajuste, incrementando el ritmo devaluatorio y profundizando el recorte fiscal.

El resultado de la aceleración del gradualismo fue claro y trajo consigo distintas reacciones: en tanto que el aumento de las ganancias y la reducción de los déficits gemelos eran vistos con ojos entusiastas por la burguesía y el FMI; el incremento de la inflación y el empeoramiento de las condiciones de vida llegaron acompañados de un creciente malestar entre la clase trabajadora.

Con las malas noticias internacionales y la sucesiva aceleración del ajuste, el macrismo entraba en su propio círculo vicioso. A medida que se destruían las condiciones de vida, caía la imagen de Macri y mejoraban las posibilidades políticas de las opciones peronistas, al tiempo que este espacio ganaba cohesión y sumaba cada vez mayor cantidad de apoyos, tanto entre la población como entre las principales figuras del sindicalismo. Esta caída de la imagen presidencial traía aparejado un empeoramiento en las expectativas de los principales actores del mercado cambiario, lo cual terminaba decantando en una mayor presión sobre el tipo de cambio, deviniendo así en nuevas rondas de devaluación y de aceleración del ajuste en curso. Esto último volvía a golpear las condiciones de vida de la población, iniciando nuevamente el ciclo y hundiendo aún más las ilusiones de reelección de Mauricio Macri. A partir de esta lógica, el incremento en la velocidad del ajuste desembocó finalmente en la derrota de Cambiemos en las presidenciales de 2019, poniendo así fin a su período de gobierno.

Visto en perspectiva, el macrismo terminó siendo un intento trunco, ya que si bien pretendió poner en pie un nuevo ciclo de acumulación y una nueva estructura social, estas aspiraciones quedaron a medio camino. En términos concretos Cambiemos avanzó en su ajuste tanto como las relaciones de fuerza se lo permitieron, pero la

profundidad de dicho ajuste no le alcanzó ni para estabilizar el ámbito de acumulación de manera sostenida ni para relanzar significativamente la acumulación capitalista. Más allá de no lograr su cometido, el macrismo cumplió cierto rol en términos históricos, ya que significó la realización de gran parte de las demandas que el capitalismo argentino requería hacía ya varios años, dejando así para Alberto Fernández una buena parte del camino recorrido.

Referencias bibliográficas:

Caracoche, C. (2020). *Duhaldismo, kirchnerismo y macrismo. El capitalismo argentino y su recurrencia histórica*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Imago Mundi.

Caracoche, C. (2021). *Base de datos: acumulación capitalista en Argentina y categorías de análisis marxistas (1947-2020)*. Recuperado de <<https://caracochechristian.wordpress.com/2021/05/15/base-de-datos-ganancia-y-acumulacion-capitalista-en-argentina-1947-2020/>>.

CIFRA (2018a). *A 2 años, el balance de la gestión de Macri, Informe de coyuntura n.º 26*. Recuperado de <<https://www.flacso.org.ar/noticias/cifra-informe-de-coyuntura-n-26>>

CIFRA (2018b). *Análisis del acuerdo de la Alianza Cambiemos con el FMI*. Recuperado de <<http://www.centrocifra.org.ar/docs/Acuerdo%20FMI.pdf>>.

Diagnóstico Político (2020). *Ocho años consecutivos con más de 5.000 piquetes*. Recuperado de <<http://diagnosticopolitico.com.ar/wp-content/uploads/2020/01/Ocho-anos-consecutivoscon-mas-de-5.000-piquetes%20.pdf>>.

Econométrica (2019). *Asignación Universal por Hijo 2013-2019*. Recuperado de <<https://www.econometrica.com.ar/index.php/informesespeciales/359-inf-especial-2019-03-06>>.

Gómez, M. (2014). Radiografía de los movilizados contra el kirchnerismo. Resultados de una encuesta a la concurrencia del 8N. *Sudamérica, n° 3*, 75-100.

Gordon, D. (1980). Etapas de acumulación y ciclos económicos largos. *CIDE, n°7*, 19-54.

Mandel, E. (1980). *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*. Madrid, España: Siglo XXI.

Marchini, I. (2019). *Cambiemos es el gobierno más represor desde la vuelta de la democracia*. Recuperado de <<https://www.marcha.org.ar/cambiemos-es-el-gobierno-mas-represor-desde-la-vuelta-de-la-democracia/>>.

MECON [Ministerio de Economía] (2020). *Información Económica al día - Base de datos de la Secretaría de Política Económica y Planificación del Desarrollo*. Recuperado de <<http://www.economia.gob.ar/secretarias/politica-economica/programacion-macroeconomica>>.

ODS [Observatorio del Derecho Social] (2018). *Detenciones, causas penales y represión de la protesta social (2016-2017)*. Recuperado de <http://obderechosocial.org.ar/docs/represion_y_criminalizacion_2016y2017.pdf>

Piva, A. (2015). *Economía y política en la Argentina kirchnerista*. Buenos Aires, Argentina: Batalla de ideas.

Ponce, S. y Sanz Cerbino G. (2018). *La armada herencia. El presupuesto para fuerzas represivas*. Recuperado de <<https://razonyrevolucion.org/la-armada-herencia-el-presupuesto-para-fuerzas-represivas>>.

Schuttenberg, M. (2017). La política de la despolitización. Un análisis de la construcción del relato PRO. *Revista Desafíos*, n° 29, 277-311.

Selva, R. (2014). Desendeudamiento y después. *Entrelíneas de la Política Económica*, n° 38, 26-38.

Tagina, María Laura (2015). *Detrás de las encuestas: el perfil del votante*. Recuperado de <<http://revistaanfibia.com/ensayo/detras-de-las-encuestas-el-perfil-de-los-votantes/>>.

UTDT [Universidad Torcuato Di Tella] (2019a). *Índice de Confianza del Consumidor*. Recuperado de <http://www.utdt.edu/ver_contenido.php?id_contenido%20=8513&id_item_menu=16458>

UTDT [Universidad Torcuato Di Tella] (2019b). *Índice de Confianza en el Gobierno*. Recuperado de <http://www.utdt.edu/ver_contenido.php?id_contenido=1351&id_item_menu=2970>.

Vommaro, G. (2016). “Unir a los argentinos”: el proyecto de “país normal” de la nueva centroderecha en Argentina. *Nueva Sociedad*, n° 261, 4-12.